



Ayuntamiento de Sebúlcor

XXII CONCURSO DE CUENTOS BREVES “LOS BRUJOS”

GANADOR CATEGORÍA PINO CHURRO (ADULTOS)

‘TRANSPARENCIAS’

Beatriz Marín García

Ayuntamiento de Sebúlcor

Plaza Mayor Nº1. 40380 Sebúlcor (Segovia)

La primera vez que me volví invisible fue el día de mi cuarto cumpleaños. La tía Tota, que no era nuestra tía, sino una vecina sin parientes, sin amigos y con un perrito de aspecto desgraciado y de nombre Satanás, había perpetrado ya el "Cumpleaños feliz", y se desgañitaba ahora tratando de convencer a la concurrencia de que yo era una chica excelente, acompañada solo por el traqueteo de sus palmas y el silencio cómplice del resto de los invitados. Pese a la resistencia del animal, y a la canícula de mediados de julio, Tota había conseguido colocarle a Satanás un gorrito como de corsario ruso, y a mí un elástico que me apretaba el cuello y remataba en corona de cartón, y empujándonos contra su estuche de colorete graznaba con voz de falsete: "espejito, espejito, quién es la pareja más hermosa de este cumple".

No pude soportarlo. Apreté los puños, los dientes y las mejillas coloradas y desaparecí. Al principio ni siquiera yo entendía qué me estaba pasando. Miraba el espacio transparente entre los brazos y las piernas, la expresión perpleja de los invitados, y el pánico de mis padres al contemplar el hueco que había dejado su hija; y arrugaba inútilmente los hombros en señal de disculpa. Unos minutos después, ya más calmada, me fui materializando de a poquito, recuperando para la vista extremidades, abdomen, pecho, cuello y, finalmente, el rostro que había vuelto a su palidez natural. Salvo el bueno de Satanás, que comprimió la mandíbula con franca envidia, y la tía Tota, que intentaba calibrar su responsabilidad en el fenómeno, el resto me observaba con una mezcla de estupor y alivio. "Todos tenemos nuestras manías" sentenció el abuelo, y como era un gran sabio y el más viejo de la fiesta, nadie se atrevió a contradecirlo. Yo sonreí agradecida, y diría que disfrutamos de un final de tarde bastante agradable.

Con el tiempo, mi familia y mis amigos han ido acostumbrándose a esta rareza mía. Las pocas veces que asisto a la iglesia, cuando veo que un catequista agarra la guitarra,

dispuesto a convertir un clásico del rock en la promesa cantada del próximo advenimiento, me acerco a la puerta del templo para inmaterializarme de forma discreta (no pretendo asustar a los feligreses, pero tampoco darle argumentos al clero para convertir mi caso en una muestra más de manifestación milagrosa). Concursos de *misses*, majas y reinas de la tercera edad, brindis en las bodas, congas y fiestas de oficina terminan invariablemente en un proceso de incorporeidad de ida y vuelta que, a medida que voy haciéndome mayor, resulta cada vez más fatigoso.

La televisión la tengo también bastante vetada. Últimamente no solo evito cualquier programa de telerrealidad o cotilleo. Desde hace varias Navidades me ahorro además el discurso del rey, las uvas de fin de año y esos espectáculos que, por contrato, obligan a profesionales del periodismo, próximos a la jubilación, a entonar villancicos y otros cánticos cargados de buenos deseos y pronósticos de paz mundial.

Y luego están los graciosillos. A mi amiga Lula, por ejemplo, le encanta provocar mi transparencia: llevarme sin avisar a lecturas dramatizadas y espectáculos de biodanza, o iniciar la salva de aplausos tras el aterrizaje de un avión. Por mi sesenta cumpleaños me organizó una fiesta sorpresa que terminó, dos horas después, cuando un invitado borracho vomitó sobre mi espacio vacío; y la noche que montó en mi casa una función privada para el hijo de una conocida, que daba sus primeros y muy vacilantes pasos en el mundo de la ópera, estuve desaparecida todo un fin de semana y hasta la propia Lula se preocupó, y juró que a partir de entonces, dado lo avanzado de nuestra edad y la fragilidad del sistema nervioso, trataría de contener sus payasadas.

Por eso cuando hoy, víspera de Todos los Santos, me ha pedido que la acompañara a pasear, iba yo bastante tranquila. Caminábamos a buen ritmo rememorando anécdotas de juventud, hasta que, al atravesar el paseo de Recoletos, mi amiga me ha detenido con un gesto burlón. He acompañado su barbilla con la mirada, y allí estaba: la figura en bronce

de Don Ramón María del Valle Inclán ataviada con sombrero de pico y una capa negra salpicada de calabazas. Por alguna siniestra razón, el Ayuntamiento había decidido extender la fiesta de las ánimas a los bustos y estatuas con los que, de ordinario, honra a sus personajes más ilustres, y ese esperpento universal de nombre Halloween reposaba ahora sobre los hombros helados del escritor.

Esta vez la inmaterialidad ha sido instantánea, ni tiempo he tenido de alcanzar la acera. Ocurrió muy deprisa: el conductor que atravesaba el paso de cebra, y la fuerza invisible de mi cuerpo estampándose contra la frontal del vehículo y arrugando completamente el capó. El propietario del coche y los transeúntes miraban extrañados la cubierta abarquillada del motor, la pobre Lula lloraba a gritos su culpa, y yo hubiera querido acercarme a mi amiga para abrazarla y decirle que estuviera tranquila, que todo estaba bien, que le agradecía los muchos años de complicidad y cariño, y que lo creyera o no, acababa de hacerme un último favor. Sin cadáver no hay entierro, ni funeral, ni discursos o panegíricos. Yo, francamente, prefiero ahorrarme la vergüenza.